

ha retirado la antorcha de la mano. Pero ¿ha renunciado de todo en principio, y abjurado del dogma *de compelle intrare*?

«¿Os acordáis decía Luis XIV al duque de Vendome, mostrándole una colina de Versalles, que había allí un molino?»

«Sí, Sire; pero si el molino no está hoy allí, el viento agita siempre su soplo en el lugar.»

Puede decirse otro tanto de la Iglesia: si la Inquisición no funciona ya, el viento que la impulsa siempre sopla. La intolerancia es la creencia misma del catolicismo, y lejos de echarse un velo sobre el canibalismo de la Inquisición, la Iglesia la reivindica como un título de honor. De Maistre no la rechaza; hace más, la deifica; y en los momentos que escribimos, un monje la glorifica en pleno púlpito de *Notre Dame* con la aprobación del arzobispo de Parí. El mismo papa León XIII, este piadoso capeador del viento ha creído que debía aconsejar á los peregrinos españoles que restableciesen las sanas tradiciones de Torquemada para combatir la impiedad. ¿Qué otra cosa quiere esto significar, sinó que el papado, que hoy es más que nunca la Iglesia, entera, persevera en su antigua divisa, «Muerte á la libertad del pensamiento?»

## V

El papado en la época de León X alcanzó el máximo de su poder. En el orden espiritual había anonadado la herejía: en el orden temporal era dueño de un Reino. Hasta entonces, el gobierno de Roma había pertenecido al que había tenido la audacia de tomarlo, y la habilidad de conservarlo.

Tres poderes dominaban allí en orden muy marcado: la Comuna, el Feudalismo, el Papado: y cada uno de ellos poseía su campo atrincherado.—La Comuna ocupaba en el centro de la ciudad, el cuartel efervescente de *la Regola* defendido por un laberinto impenetrable de callejuelas tortuosas, y por su población de desolladores de bueyes y de búfalos, otros tantos héroes de cuchillo. De cuando en cuando y al grito de *Capo di rione*, esta población de carniceros iba, con la pica en la mano, á instalar un fantasma de república sobre la tumba de Roma.

El Feudalismo, acampado sobre las siete colinas, envolvía la Comuna con un círculo de fuertes disgregados que no eran, por lo común, como la tumba de Adrián ó de Cecilia Metella, sinó obras maestras de la autigüedad, disfrazadas

das de castillejos. Contábanse en Roma, en la Edad Media doscientas torres feudales, todas edificadas sobre las ruínas, ó con los restos de los antiguos monumentos.

La familia Frangipani tenía guarnición en el Coliseo; la familia Vico en el Trastivero; la familia Orsini en la plaza Navona; la familia Colonna sobre el Esquilín. Estas dos últimas, no obstante, concluyeron por absorber las demás casas Nobiliarias. La una capitaneaba el partido de los Guelfos, y la otra el de los Gibelinos.

El papa, relegado sobre la colina del Vaticano, miraba melancólicamente desde la altura de la iglesia almenada de San Pedro, la guerra de la nobleza contra la Comuna, y de la nobleza contra la nobleza misma; y cuando lo creía favorable, descendía al campo de batalla. No era siempre el Dios encarnado en él, el que ganaba la victoria, pues no había en aquella época, dice Maquiavelo, ningún Barón tan pequeño que no arrostrase el poder de San Pedro.

El primer papa que se apoderó de la Feudalidad por la fuerza fué Sixto IV, otro Luis XI con tiara. Atrajo, é hizo caer al protonotario Colonna en una emboscada, y exigió con el puñal en la garganta la rendición de la plaza de Marino. El protonotario firmó la capitulación, pero el papa dió inmediatamente la orden de decapitarlo. La madre del supliciado se transportó á *San Celso in Banchi* donde yacía el cadáver; agarró la cabeza truncada por los cabellos y mostrándosela al pueblo, «¡Mirad,» exclamó ella «aquí tenéis la cabeza de mi hijo! El papa le había prometido la vida, si le entregaba á Marino: el Santo Padre posee á Marino, y mi

hijo nos ha sido devuelto, pero asesinado. Hé aquí cómo un papa cumple su palabra.»

El verdadero fundador de los Estados de la Iglesia no fué, sin embargo, el anciano Monje de la Rovera (1). Este honor estaba reservado al papa Alejandro VI auxiliado de César Borgia.

Había en el siglo xv bastantes bribones entre los cuales se distinguían los príncipes, principillos y señores, contándose entre ellos los Malatesta, los Petrucci, los Sforza, los Vitellescho; pero de todos estos malvados el más completo era Alejandro VI, Borgia de nacimiento. La lujuria, la simonía, el robo, la violación, el incesto, el sacrilegio, el asesinato, el perjurio, la falsificación de documentos públicos ó privados; y no había un crimen ni un vicio que no se desprendiese de su tiara, por poco que se intentase desasirlo.

En aquellos momentos era el papa, el jefe del catolicismo, el Cristo en miniatura. No podía hablársele sinó de rodillas, y nadie tenía el derecho de levantarse sinó después de haberle besado su pantuflo. Subía todos los días al altar, vertía en un cáliz de oro la sangre del cordero sin mancha, y la bebía santamente con los labios aun calientes del último beso de Julia Farnesio la bella.

Ningún papa sacó mejor partido, para sus bastardos; que fueron cuatro de su primera querida Rosa Vanozza. Hizo de Juan, el mayor, un duque de Gandía, que casó en España con

(1) Sixto IV; antiguo general de los Hermanos Menores.—N. del T.

D.<sup>a</sup> María hija de D. Enrigo Enriquez, conde de León y de D.<sup>a</sup> María de Luna, de la casa Real de Aragón. De César, el segundo, formó un cardenal á los diez y siete años. Había, no obstante, una leve dificultad para revestirle la púrpura, y era que su nacimiento estaba lejos de ser canónico, por lo que se le buscó un padre y para esta operación póstuma se fabricó un marido á la Vanozza. «Se ha quitado la mancha, que llevaba como hijo natural,» escribió Bocaccio «puesto que ha nacido en la casa y en vida del esposo de su madre.» Pero es de notar que en aquella época, la Venozza no tenía marido.

En fin, Alejandro casó su tercer hijo don Joffré con D.<sup>a</sup> Sancha, hija natural del duque Alonso de Calabria, que era una belleza arrebatadora y tal vez ingenua, con diez y ocho años cuando fué á Roma; pero que, apenas puso el pié en el Vaticano, cuando llegó á convertirse en la mujer de los tres hermanos Borgia.

En cuanto á Lucrecia, no tuvo un esposo definitivo, sinó después de haber recorrido una serie de maridos. Cuando su padre era cardenal ya la había comprometido con D. Querubín de Centelles señor del valle de Ayora; más tarde, cambió de opinión; rompió este primer contrato y tomó por yerno á D. Gaspar, hijo del conde de Procida. La tinta de las firmas no estaba todavía seca, cuando ascendió al trono de San Pedro, y encontrando que D. Gaspar era una alianza desventajosa para la bastarda de un papa, desposó á su hija con Juan Sforza, conde de Cortolagna, y Vicario Apostólico de Pésaro.

Pero en el momento de la celebración del matrimonio, D. Gaspar reclamó su derecho de prioridad, y fué necesario contentarlo con algunos millones de ducados.

Juan Sforza se casó realmente con Lucrecia: pero no hizo más que pasar, porque su mujer le promovió pleito por impotencia, y el desgraciado tuvo que ceder la plaza á un cuarto marido, que fué D. Alfonso, hermano de doña Sancha.

Era preciso, entre tanto, poner en regla esta poligamia con la Iglesia, y el papa, por el primer breve, declaró, que Lucrecia había cometido un perjurio al casarse con Juan Sforza, puesto que estaba desposada con D. Gaspar, y por el segundo breve resolvió la disolución de su matrimonio regular con el mismo D. Gaspar, dió á Lucrecia la libertad de tomar otro esposo, y con su plena autoridad en el cielo y sobre la tierra, la descargó de su perjurio.

César Borgia sentía comprimido su genio por la presión de una sotana: la llevaba de mala voluntad porque le recordaba que era hombre de Iglesia, y él prefería mejor ser un aventurero. ¿Quién no ha visto su retrato en la galería Borguesa? Cualquiera que haya sido el pintor, trazó una obra maestra: es más que un retrato, un carácter, el crimen en jubón de raso. El hombre tiene una belleza diabólica, la frente ancha, la mirada felina, la nariz amenazadora, la mano afinada á la manera de hoja cortante y con toda la gracia del asesinato. Reviste el traje de un señor de Renacimiento, y el justillo negro ajustado sobre el pecho, como el duelo de la conciencia.

César quería ser príncipe, pero el título no estaba vacante pues, pertenecía á su hermano mayor y era necesario despojar del derecho de primogenitura suprimiendo á su poseedor el duque de Gandía. Una noche que el duque había cenado fraternalmente con César en la casa de su madre la Vanozza, montaron ambos á caballo para regresar al Vaticano, pero César entró solo en el palacio.

Un barquero que custodiaba su esquife en una noche espléndida por el fulgor de la luna, había visto bajar á la orilla del Tiber á un caballero con un cadáver á la grupa: el caballero hizo volver la cola de su caballo hacia la costa del río; dos hombres de su escolta tomaron el cadáver, uno por los piés y el otro por los brazos, y después de haberlo balanceado por dos veces, lo lanzaron á la corriente. El Papa no indagó el nombre del culpable, porque anticipadamente lo presumía, y quiso ignorarlo.

El último marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón contrariaba la ambición de César, y podía, un día, con el auxilio del rey de Nápoles hacerle la oposición. Alfonso, por su parte, vacilaba para consumir su matrimonio con Lucrecia; pero fué, no obstante á Roma, incitado por la sirena del Vaticano, y á su llegada, sobre la escalera misma del palacio cayó herido de una puñalada. Tuvo, empero la impertinencia de sobrevivir á su herida, y César sonrió. Lo que no se ha hecho por la mañana, se hace por la tarde, dijo, y por la noche entró en la cámara del herido y lo hizo estrangular.

Tres meses después Lucrecia volvió á casarse con un quinto marido, y el día de sus nupcias

tomó por ayuda de cámara al asesino mismo de su último consorte. Lucrecia parió en secreto. El Santo Padre rechazó al principio el niño por instigación de César, pero, más tarde, reclamó su paternidad.

Tal padre, tal hijo; y tal hijo, hija tal; la familia Borgia formaba un todo: era la misma alma en tres cuerpos; y todos constituían una armónica trinidad. Alejandro no tenía sinó mirar á su hija, para reconocerse en ella; él era ella; ella era él; cuando se ausentaba de Roma, era solamente ella la que quedaba encargada interinamente del papado, confiándole la firma y los sellos de la Iglesia, y cuando la Borgiana se casó la última vez, Alejandro VI dió fiesta sobre fiesta en honor de la desposada.

César Borgia había hecho erigir un circo en la plaza de San Pedro, y lanzar dentro de él diez hombres desnudos como gladiadores. Entró después en su recinto montado en un rocín español, y fría y tranquilamente desde la altura de su silla, arcabuceó, puestas en fila aquellas diez piezas de caza humana y cada bala que acertaba era objeto de aplauso, con su pañuelo, para Lucrecia, que, sentada en uno de los balcones del palacio, presenciaba tan horrenda carnicería.

El Papa dió, además, otra fiesta en el Vaticano. Era de noche, y hubo en ella un concurso numeroso; pero lo que componía ese concurso, ninguna lengua humana que no sea la latina, podría repetirlo. Sólo así, en ese único idioma es que lo ha contado un testigo ocular, pues al término de la crápula y de las obscenidades más horrosas coronó Lucrecia al que había

alcanzado el premio de la mayor lubricidad.

Es verdad que, como congratulaciones por las nupcias, el Papa ofreció diversiones más edificantes al pueblo romano, y entre otros, en un acceso de piedad, hizo quemar ciento cincuenta herejes en la plaza de *Campo di fiori*.

El Ogro viejo del Vaticano, no abandonaba menos, en medio de sus excesos satiriacos, la idea de conquistar un reino, y para semejante empresa no podía escojer mejor ejecutor que César, á quien la encomendó. César tomó á su servicio los cuatro capitanes más renombrados, Vitelli, Orsini, Eravina y Oliverotto, bandidos irreprochables, siempre prontos á vender su espada; y emprendió á la cabeza de su banda la conquista de la Rumanía, sitiando primero á Faensa. La plaza pertenecía á Manfredo; César lo hizo capitular, y cuando lo tuvo en su poder, lo degolló. Tomó después á Cumerino por asalto, cayendo su jefe bajo su poder, y haciéndolo ejecutar una hora después.

César se desentendió de participar con sus tenientes el botín, y estos se sublevaron. Negoció con ellos y después de haber firmado un nuevo tratado, y jurado olvido de lo pasado, les dió una cita para Sinigaglia, los recibió á la puerta de la ciudad, los abrazó y colmó de obsequios; pero apenas hubieron puesto los piés en palacio, cuando dió la orden de agarrotarlos, y durante la noche, pasó el verdugo un nudo corredizo por el cuello de Vitelli y de Oliverotto, dejando reservados á los otros dos para ejecutarlos en Roma y proporcionar al Papa la voluptuosidad de su suplicio.

César poseyó en fin la Rumanía con el título

de Duque conferido por el papa; pero el pueblo gimió bajo su dominación: el lo entregó al gobierno de Ramiro de Orco, corazón de hierro. Este hombre proscribió y mató; y, cuando hubo domado á los habitantes por el terror, y atraído sobre su cabeza la execración de la sangre vertida, creyó César que debía ofrecerlo en holocausto; y una mañana la población de Sinigaglia encontró en mitad de la plaza pública un cuerpo cortado en dos, colocado sobre un caballete con un puñal en el pecho, que se reconoció ser el cadáver de Ramiro de Orco. César había aterrado la Rumanía por la mano de Ramiro, y con el asesinato de su agente reconquistó la simpatía de la provincia.

Hé aquí el origen del poder temporal. Alejandro tuvo, apenas, el tiempo necesario para gozar de él. Había invitado á los cardenales á comer en la viña del cardenal Corneto para salvar las sospechas que su palacio les inspiraba, con el fin de envenenarlos en los postres, y él mismo se emponzoñó por una equivocación con el vino que les preparaba.

Desde entonces lo que fué un papa yace arrastrado en el muladar de la Historia: el infierno mismo no hubiera querido recibirlo.

## VI

Un monje alemán fué un día á Roma para ver allí á Cristo más de cerca. Si el Dios de los cristianos tiene que estar en alguna parte, ¿no ha de ser en esta tierra empapada con la sangre de los mártires ó bajo el subterráneo techo de las catacumbas, donde sus reliquias brillan, según se afirma, como otras tantas estrellas en el firmamento?

El peregrino sajón erró al través de la metrópoli del catolicismo; miró, y no podía creer lo que veía; escuchó, y no podía creer lo que oía; levantó entonces los brazos al cielo; y se conoció engañado de lugar, porque no era Roma donde creyó encontrarse, sinó Babilonia. Tal era en aquella época la capital de la Incontinencia por la sencilla razón de que en ella se hallaba la Bolsa abierta de toda la Europa.

El oro aflúa allí á causa de los muchos impuestos directos é indirectos que el papa sacaba de la cristiandad. Annatas, reservas, indulgencias, provisiones, expectativas, derecho de pallio, dinero de S. Pedro; y si el Papado recibía mucho por ellos, gastaba todavía más teniendo necesidad constantemente, de un empréstito. Discurrió un sistema de crédito que consistía en

crear oficios imaginarios para rematarlos en subasta, cuyos oficios eran á la vez vitalicios y trasmisibles, y por consiguiente cotizables en más ó menos alto precio según la edad de los titulares. Esta emisión de rentas, bajo la forma de Prebendas, atrajo toda una población flotante de especuladores, agiotistas, banqueros, curiosos y jugadores á la alza ó á la baja.

El papado siempre necesitado, á pesar de la inmensidad de sus rentas, arrojaba, sin cesar, al mercado, nuevos empleos de fantasía para rehacer sus deficiencias. Plazas de notarios, protonotarios, corredores, porteros; y cuando se agotaban nombres pacíficos, de genizaros, mamelucos, albaneses, que no venían á ser en el fondo, á pesar de sus nombres feroces, sinó complacientes rentistas del Estado, inscritos en el gran libro de la deuda pontificia, bajo la denominación común de *Caballeros de San Pedro*.

Estos caballeros, verdaderos aventureros afiliados á la ralea de todos los partidos existentes, eran viudos ó solteros, porque no se imponía la fortuna con carácter de vitalicia sinó cuando no se tenían hijos. Ociosos de oficio, corrompidos por la holganza, viviendo al día, sin posteridad, sin mañana, se apresuraban á vivir en los placeres y en matar el tiempo, para consumir todo lo que pudiera quedar después de su muerte, en el último cuarto de hora de su existencia. Detrás de esta, el fin del mundo, y á lo más, el juicio final, pero ya ellos habían tomado anticipadamente un antidoto contra el Infierno, comprando una indulgencia del Santo Padre.

A esta numerosa clientela del placer, es preciso agregar la clase no menos numerosa de la Prelatura purpurada, mitrada, titulada, embonetada y espoloneada, que desde el simple monseñor hasta la eminencia cardenalicia, iba trepando, de escalón en escalón la gerarquía de la Iglesia.

Esta aristocracia del clero abandonaba la dirección de sus abadías ó de sus obispados, á sufragáneos ó coadjutores, para ir á gastar sus ducados en las lascivas quintas romanas, al suave murmullo de las fuentes, y bajo el fresco abanico de los pinares de Italia. Los caballeros de San Pedro y los prelados formaban una vasta corporación de celibatarios que debía llamar á Roma una clase correspondiente de voluptuosas hermanas de caridad del celibato.

Enriquecida de esta manera Roma, sin trabajo, y habitada por una población sin familia, no podía ser sinó el centro obligado del amor del mundo entero. Se contaban allí cincuenta y cinco mil cortesanas inscritas en el registro y sometidas á una capitación de *cinco julios* por semana. La percepción de este derecho estaba concedida como un beneficio. Cuando el soberano quería recompensar á un obispo, le daba un centenar de cortesanas como prebenda. Estas princesas del vicio eran muy solicitadas, y puede decirse, tan respetadas como las Heterias de Atenas ó de Corinto (1). Ellas eclipsaban por la suntuosidad de su lujo, á las grandes damas de la otra aristocracia.

(1) Sociedades filantrópico-religiosas de Grecia.—N. del T.

El cardenal Rodrigo Borgia alternaba entre Rosa Vanozza y Julia Farnesio. Hizo pintar á Julia clasificándola como Madona (1) y Rodrigo á sus piés. Teresia, la concubina del cardenal Riario, no llevaba sinó mulas adornadas con pedrerías. Imperia, la de Beroald, secretario del Papa, expensaba la literatura en un palacio tan magnífico, que el embajador español renovó en él el insulto de Diógenes, escupiendo en el rostro á un lacayo. Se la sepultó en una capilla de la iglesia de S. Gregorio con este epitafio en latín: «Aquí yace Imperia, la cortesana, digna de tan alto nombre.» Su hija, todavía más bella, tuvo la pretensión de permanecer virtuosa; pero el cardenal Petrucci la violó, y ella cayó muerta á los piés del seductor.

Diovici de Bibienna, todavía cardenal, poseía en el Vaticano una sala de baños en que Rafael había pintado las excelsitudes de Venus. Era en ese *venereum*, transformado más tarde en guarda-ropa, donde Bibienna daba audiencia á la belleza, y rimó la comedia, más que libertina, titulada *La Calandra*. Lo que no impidió al papa hacerla representar en el Vaticano en honor de Isabel de Este, duquesa de Mantua.

Roma, en aquella época parecía retroceder hasta el paganismo. Cuando León X al salir del cónclave iba á tomar posesión de la tiara en S. Juan de Letrán, marchaba montado sobre una jaca blanca y á la sombra de arcos de triunfo; las calles estaban alfombradas de flores

(1) Nombre dado por los Italianos á la santa Virgen.—N. del T.

y las casas colgadas de tapicerías. El rentista Chigi levantó un arco delante de su palacio con esta inscripción: «Venus ha reinado, Marte ha reinado, Pallas reina ahora.» Venus era Alejandro Borgia; Marte, Julio la Rovese; y Pallas, el nuevo pontífice.

Un platero del vecindario indignado por la despedida que un traidor daba á la primera divinidad del Olimpo, colocó en su tienda una estatua de la diosa con esta divisa: «Marte ha reinado; Pallas ha reinado; ¡Venus reinará siempre!» El papa, que marchaba siempre detrás del crucifijo, sonreía al leer todos esos letreros.

Antonio de de San Marino creyó lisonjear al papa León, á quien había antes calumniado. Este papa, grueso, craso, pequeño, pesado en su andar, no era aficionado más que á la caza, la pesca, la pintura, la escultura, la arquitectura y la música; tocaba regularmente el violín, y cantaba inconscientemente solo: bastante humano para su época, no envenenó sinó á un cardenal. Tan luego como podía redimirse de sus funciones, y entregarse á sí mismo, iba con un jubon de búfalo á tirar al jabalí en la villa Magliana, ó á pescar la carpa en el lago Bolsene.

Hé aquí lo que era Roma en el momento que Lutero fué allí en peregrinación. Extraviado en ese mundo que no le ofrecía sinó el paganismo resucitado, sentía que el suelo le quemaba los piés: había ido á buscar á Cristo y no lo encontraba sinó dentro de sí mismo: releía el texto del Evangelio, y lo comparaba con el comentario de la Iglesia: el comentario era su más vivo desmentís.

El Evangelio predica el perdón de las injurias. *Si recibis una bofetada, tended la otra mejilla:* la Iglesia devuelve, golpe por golpe bajo la forma de anatema.

El Evangelio tiene horror á la versión de la sangre; *el que se sirva de la espada, perecerá de ella;* y la Iglesia vierte la sangre como el agua por una palabra de teología.

El Evangelio ordena la continencia, y Roma no era sinó una casa de prostitución: se vivía allí en tal estado de promiscuidad, que un prelado que no tenía más que dos concubinas pasaba por observador del voto de castidad.

El Evangelio recomienda la humildad; *mi Reino no es de este mundo;* y el papa poseía un Reino que llamaba el patrimonio de San Pedro.

El Evangelio aconseja la modestia. El Cristo hizo su entrada en Jerusalén montado en un asno; pero cuando el papa circula, en un día de fiesta, al rededor de las columnas de San Pedro, lo hace en hombros de hombres en un palanquín escoltado por abanicos de plumas de pavo-real y seguido de una larga fila de *Purpurados* que dejan zumbar detrás de ellos la larga estela de su manto de raso.

El Evangelio glorifica la pobreza; *es más difícil que un rico entre en el paraíso, que un camello pase por el ojo de una aguja,* dijo Cristo; y llegó hasta proclamar una virtud de la mendicidad; y el papado es la primera banca de Europa: emitía con el nombre de indulgencias, bonos al portador para el rescate de los pecados: los había de todos precios; para el asesinato como para el robo, para la simonía como para



el incendio; y se había concluido por poner el paraíso en adjudicación.

Lutero desgarró su hábito, avergonzado; y salió de Roma bramando el corazón con un sordo trueno. De allí brotó la Reforma. No fué desde entonces el papa; no fué tampoco el emperador, no fueron esos simples portadores de púrpura ó de corona los que habían de oprimir la tierra; el Señor que la dominaría sería él, ese monje desconocido, medio exclaustro que iba con los piés desnudos hollando el polvo del camino.

Ciertamente, la obra, que concibió en aquel momento en el fondo de su alma, tenía el derecho de parecer insensata, porque, en el curso de esa obra no hubo más que holocaustos de fuego y de sangre. Arnaud de Brescia la tentó, y la hoguera hizo justicia de él. Juan Huss quiso recomenzarla, y el viento esparció sus cenizas. Jerónimo de Praga pretendió renovarla, y desapareció en un torbellino de humo. Savonarola quiso también desafiar al destino, y un día después, la ola del Arno arrastraba lo que era residuo del mártir.

No importa. Lutero poseía la fe. *Haz siempre lo que tengas temor de hacer*, ha dicho un filósofo de su espíritu; y se dispuso á marchar intrépidamente, con la cabeza descubierta á donde lo llamaba la voz de la idea. Venía de lejos esa idea, llegaba del fondo de la Edad Media, entre una doble fila de hogueras que reflejaba sus llamas sobre su frente, pero ella no marchaba con menos firme y trágico paso á la conquista de la humanidad.

En el momento mismo en que Lutero ponía

la Biblia sobre el altar, y hacía de la Escritura la regla de la fe, ó mejor dicho la fe al alcance de todos, Guttemberg inventaba la imprenta, que colocaba á Dios, en cierta manera, en las manos del fiel, y sustituía la comunión del libro á la comunión de la hostia.

La imprenta destronó la publicidad al aire libre de los Hermanos Mínimos: Su voz muda penetró por todos los rincones de la casa, de la tienda, del castillo, del convento; y por todas partes enseñó á pensar, es decir, á dudar del catolicismo. La Suiza, la Holanda, la Inglaterra, la Escocia, la Suecia, la Francia misma, á lo menos en parte, sacudieron el polvo de su antigua creencia, marcharon á la cabeza del movimiento científico, industrial y comercial del continente, y se adelantaron á las otras naciones por sus ideas, sus progresos y sus riquezas.

La iglesia les respondió con el anatema; pero el anatema debilitado rebotó sobre el alma y no pudo entrar en ella. Sonó entonces el somatén en Alemania, llamó la fe á las armas, y durante treinta años, el dogma católico y el dogma protestante se debatieron entre sí con encarnizamiento para no dejar sinó un solo culto en pié sobre el cadáver del vencido. La Inquisición no bastaba ya para detener la invasión de la herejía. Ella no la mataba sinó á hombre por hombre y era preciso herirla en masa. La Iglesia cambió de verdugo. Ignacio reemplazó á Torquemada.